

Tete Álvarez

TETE ÁLVAREZ.

CAAC. Sevilla

Avda. Américo Vespucio, 2

Hasta el 4 de junio

EL año pasado fueron cuatro: éste, solamente serán dos. Y es que, cuando se tenía ya el cuerpo hecho a que las exposiciones de producción propia programadas por el Centro Andaluz de Arte Contemporáneo (CAAC) difícilmente podrían ir más allá de lo que diera de sí «Zona emergente», se nos advierte que el proyecto con tanto entusiasmo puesto en marcha por Margarita Aizpuru ha quedado reducido esta temporada a la mitad. Mala cosa, además, si se tiene en cuenta lo escaso de su presupuesto, suponemos, y la favorable acogida que merecieron sus anteriores exposiciones.

También ésta, *Especulaciones*, proyectada por Tete Álvarez (Cádiz, 1964) en exclusiva para este espacio y que en palabras de su comisario, Ángel Pérez Villén, supone «una reflexión sobre la experiencia en la percepción y una propuesta de análisis de los mecanismos que operan en la representación artística». Sensación que con tanta fuerza se percibe ante algunas de las siete obras que componen esta muestra.

Dos de ellas se encuentran enfrentadas en una sala donde, sobre una de sus paredes, Tete Álvarez ha dispuesto un conjunto de máscaras de cartón con el rostro impreso de sujetos reales. Y, en el otro extremo de la sala, un gran espejo rodeado de bombillas donde el espectador se verá acompañado por el reflejo de aquellas caretas.

Mayor nihilismo cabe encontrar en las diez fotografías digitalizadas en las que, carentes de la compañía del cuerpo, las sombras son protagonistas del surrealismo de unas escenas no exentas de humor. Y en sombra, en la oscuridad de una sala, asiste el visitante a la proyección de un vídeo con un repertorio de juegos de prestidigitación, cuya simulación se pretende asociar con «la gran mentira bien contada que parece ser el arte».

Evidencia esa «gran mentira» la sorprendente videoinstalación que, merced a dos espejos enfrentados, multiplica hasta el infinito la representación de un mar embravecido y la propia presencia del espectador que ante él se encuentra. También, la aguda metáfora contenida en *Espejo retrovisor de la historia*, y, finalmente, la felicísima estrategia simuladora de una obra en la que, tras la sucesiva contemplación de tres preciosas fotografías, se descubre su artificio.